

fo había hecho tomar conciencia a Pekín de su retraso en la materia respecto de los estadounidenses.⁷

Para llevar a cabo esta tercera transformación, Pekín meditó una enseñanza fundamental en la historia de las materias primas: muy pocas veces metales y paz han hecho buena pareja.

Cuando fundió por primera vez el cobre, hace 6.000 años, el ser humano abandonó la piedra tallada en favor de utensilios mucho más cortantes y sólidos. Ese avance le permitió, a lo sumo, perfeccionar sus técnicas de caza, hasta que, dos mil años después, los sumerios descubrieron el bronce, una robusta aleación de cobre y estaño. Esta vez, imperios y civilizaciones se sintieron espoleados a fabricar espadas, puñales, hachas, a reclutar ejércitos y lanzarse a la primera carrera armamentista de la historia.⁸

Hacia el año 1200 antes de Cristo, en el sur de la actual Turquía, los hititas fundieron un metal todavía más ligero y abundante, gracias al cual inventaron armas cada vez más manejables y contundentes que, según algunos historiadores, permitieron la conquista europea de América.⁹

A su vez, en 1914 el acero hizo entrar de lleno a Europa en la guerra industrial. Esta aleación de hierro y carbono permitió fabricar los casquillos de los obuses, las primeras granadas de fragmentación modernas, cascos más resistentes para los soldados, al igual que carros blindados, lo cual contribuyó a la inmensa carnicería que todos conocemos.

||| Cada vez que un pueblo, una civilización, un Estado domina un nuevo metal, su utilización va acompañada de extraordinarios progresos técnicos y militares, así como de conflictos cada vez más mortíferos. Les toca ahora a los metales raros, en especial a las tierras raras, cambiar el rostro de los enfrentamientos armados modernos. China ha entendido muy bien que quien domine su producción y sus aplicaciones se beneficiará de una innegable superioridad estratégica y militar. Por

tanto, era de lo más coherente que pusiera la mira en Magnequench y se hiciera primero con sus patentes y después con sus secretos.

A cambio, el caso Magnequench planteó graves problemas de seguridad nacional, que el célebre programa *60 Minutes*, de la cadena CBS, reveló al gran público en 2015. Bastó que esta fábrica abandonara el territorio estadounidense para que la primera potencia militar mundial se encontrara subordinada a Pekín en cuanto al suministro de algunos de los componentes más estratégicos de sus tecnologías bélicas. ¿Cómo Estados Unidos se precipitó a una situación tan crítica?

MAGNEQUENCH EN EL PUNTO DE MIRA DE LOS PRÍNCIPES ROJOS

«Trabajé veinte años en el Departamento de Defensa, en cuestiones de traslado de tecnologías. Durante todos esos años, el caso Magnequench figura entre los cinco más graves que conocí.» Peter Leitner era un alto funcionario del Departamento de Defensa estadounidense en el momento de los hechos. Su tarea consistía en examinar toda operación de exportación de tecnologías susceptible de perjudicar la soberanía militar estadounidense y, en caso necesario, pedir que fuera bloqueada. De hecho, la operación de compra de Magnequench fue lanzada muchos años antes de la deslocalización efectiva de la fábrica: ya en los años noventa, durante la presidencia de Bill Clinton. El grupo estadounidense General Motors, propietario de Magnequench, accedió entonces a vender el fabricante de imanes a los chinos a cambio de la autorización para establecer una fábrica de producción de vehículos en Shanghái.¹⁰

En la misma época, Leitner y sus colegas se encontraban ya enfrentados con otro problema: la venta de su actividad de fabricación de imanes de metales raros por parte de un grupo

estadounidense establecido en Kentucky, Crucible Materials, a la sociedad YBM Magnex International, que cotizaba en la Bolsa de Alberta (Canadá). A primera vista, YBM se presentaba como una empresa perfectamente legítima, y hasta disponía de una sede social y un almacén en Estados Unidos, concretamente en Filadelfia. Sin embargo, investigaciones más exhaustivas no tardaron en revelar que el grupo actuaba como una tapadera de la «mafia roja», las redes criminales rusas que prosperaban en el vacío creado por la caída del Estado soviético.

YBM estaba relacionada con un puñado de hombres de negocios de pasado turbulento, entre ellos Semion Mogilevitch, un ciudadano ucraniano que el FBI calificaría más tarde de «estafador internacional y criminal despiadado [...], implicado en el tráfico de armas, los asesinatos a sueldo, el chantaje, el tráfico de droga y la prostitución a escala planetaria». ¹¹ Y, bajo el pretexto de comercializar imanes, la sociedad se había especializado en blanquear el dinero de actividades criminales perpetradas en Rusia y en numerosos Estados del antiguo bloque comunista.

Pese a todo, la venta de la actividad de producción de imanes de Crucible Materials a YBM se hizo oficial el 22 de agosto de 1997. Cabe afirmar que, a partir de esa fecha, parte de la producción estadounidense de imanes necesarios para las industrias de defensa del país se encontró bajo la férula del crimen organizado. Al convertirse en propietarios de una industria tan estratégica, ¿acaso los dirigentes de YBM servían a intereses geopolíticos dictados desde las alturas? A la sazón, el Estado ruso, en plena decadencia, no parecía en condiciones de dirigir semejante operación, y las motivaciones de los principales actores en este asunto siguen siendo hoy especialmente confusas.

Las partes interesadas en la operación de compra de Magnequench no tardaron en revelarse asimismo muy dudosas. El comprador de Magnequench respondía al nombre de Archi-

bald Cox Jr. y era el presidente de la sociedad de capital riesgo Sextant Group. El señor Cox no solo era el hijo del célebre fiscal estadounidense que en 1973 había instruido el caso Watergate,¹² sino, sobre todo, un comerciante aguerrido, atraído por tan jugosa operación. «Era un hombre escurridizo y hábil —recuerda Leitner—. No dudaba en seducir a los más altos responsables del Departamento de Defensa, que se sentían inquietos por semejante venta, diciéndoles: “No me llamen señor Cox, llámenme Archie”. Los tipos se dejaban seducir, hasta el punto de que estaban dispuestos a acceder a cualquier cosa que pidiera Cox. Era increíble.»

Con todo, Peter Leitner y sus colegas no tardaron en estar convencidos de que Archibald Cox y Sextant Group hacían de cortina entre Washington y Pekín. Mediante un sutil juego de empresas fantasma registradas en paraísos fiscales caribeños, hombres de negocios chinos de perfil inquietante estaban relacionados con la venta. «Uno de ellos era un “príncipe rojo” [heredero de una de las más altas personalidades que ocupaban un escaño en el Partido Comunista chino]. En concreto, el yerno de Deng Xiaoping.»

Era del dominio público que, preocupado por preservar la sostenibilidad del sector estratégico de los metales no ferrosos, Deng Xiaoping había cedido el control de la poderosa Corporación Nacional de la Industria de Metales No Ferrosos de China (CNNMIC, por sus siglas en inglés), un gigantesco conglomerado público que operaba en el sector minero, a su yerno, Wu Jianchang.¹³ Ahora bien, fue este mismo Wu Jianchang quien, a través de una de las ramas de la CNNMIC establecida en Nueva York, estaba directamente interesado en la venta de Magnequench.

Más tarde, Peter Leitner descubrió que no era solo uno, sino dos los yernos de Deng Xiaoping implicados en la operación. Casado con Deng Nan, la hija del exlíder chino, Zhang

Hong es
New Ma
quench.
industria
como las
pechosos
afirma h
Advertir
nuestro
nistración

La i
más sor
tica un
caracter
consisti
madas <
ejército
to ejem
porque
del grup
cito est

La
vación
para ad
las ven
fácil a
civil, p
cosos.
car una
de espí
exrespo
<los se
mundo

Hong era el presidente de la empresa china Beijing San Huan New Materials High Tech Inc., comprador final de Magnequench. Así, quedó definitivamente claro que la venta de la industria estadounidense no era una transacción comercial como las demás. «Era evidente que había algo mucho más sospechoso en esa operación —asegura el exfuncionario, quien afirma haber comunicado este problema a sus superiores—. Advertimos sobre todo ello de manera reiterada, hicimos valer nuestro punto de vista una y otra vez. Al final, nuestra Administración no nos hizo el menor caso.»

La inercia de la Administración demócrata resulta tanto más sorprendente cuanto que China estaba poniendo en práctica un plan oficializado ya en 1978: la «política en dieciséis caracteres».¹⁴ Esta estrategia, dictada por Deng Xiaoping, consistía en un programa de adquisición de tecnologías llamadas «duales», con el fin de reforzar a la larga el poderío del ejército chino. Ahora bien, Magnequench constituía el perfecto ejemplo de empresa productora de ese tipo de tecnología, porque los imanes podían tanto incorporarse a los vehículos del grupo estadounidense General Motors como servir al ejército estadounidense.

La política en dieciséis caracteres partía de una observación sensata: teniendo en cuenta las dificultades de China para adquirir tecnologías de guerra, sujetas al embargo sobre las ventas de armas impuesto por Estados Unidos, sería más fácil adquirir empresas extranjeras cuya destreza, de índole civil, pudiera destinarse con posterioridad a fines más belicosos. En los años siguientes, dicha estrategia iba a provocar una extraordinaria proliferación de las actividades chinas de espionaje contra Estados Unidos, hasta tal punto que un exresponsable del contraespionaje estadounidense estimó que «los servicios chinos se cuentan entre los más agresivos [del mundo] cuando se trata de espiar a Estados Unidos».¹⁵ Ahora

bien, según un investigador francés, dos tecnologías interesaban especialmente a Pekín: aquellas capaces de desarrollar la guerra centrada en redes, es decir, la aptitud de los ejércitos para utilizar los sistemas de información a fin de ganar en eficacia, y las bombas inteligentes, que precisamente contenían los imanes fabricados por Magnequench.¹⁶

INTERFERENCIAS CHINAS EN LAS URNAS ESTADOUNIDENSES

Dicho de otro modo, no importa qué político estadounidense enterado de las intenciones y artimañas de Pekín sabía que una empresa como Magnequench se encontraba en el punto de mira de los militares chinos. Es el caso, por supuesto, de George W. Bush, quien habría podido bloquear la deslocalización de la fábrica de Valparaíso a China en 2006 (pues a la sazón era presidente). No obstante, Estados Unidos libraba por entonces una guerra mundial contra el terrorismo, y toda amenaza que no estuviera relacionada con el fundamentalismo islámico no recibía atención alguna por parte de la Casa Blanca. Así, durante un mitin celebrado en Indiana durante las primarias demócratas, que perdió frente a Barack Obama en 2008, Hillary Clinton afirmó que Bush no había «hecho nada» por impedir el funesto destino de Magnequench. Ciertos expertos en metales raros subrayaron entonces la hipocresía de la candidata demócrata, porque era su marido quien, varios años atrás, había permitido que se entablaran las negociaciones que desembocaron en la venta, pese a las advertencias de altos funcionarios del Departamento de Defensa.

¿Por qué semejante descaro por parte de la Administración demócrata? Aquí es donde el caso Magnequench da un giro francamente turbio. En la época en que este tuvo lugar, una serie de traslados de tecnologías ya habían empezado a sem-

brar la preocupación tanto en la industria militar estadounidense como en el pequeño mundo de los fabricantes de misiles. Uno de estos últimos, Steve Constantinides, nos cuenta la estupefacción de sus colegas cuando constataron que la Casa Blanca proporcionaba a Pekín información confidencial sobre las tecnologías balísticas estadounidenses, y eso durante un período de tres a cuatro años. Así, afirma que «Estados Unidos compartió con China secretos industriales concernientes a sus tecnologías de misiles. Y fue Bill Clinton quien obligó a su Administración a hacerlo».¹⁷

¿Cuáles eran los pormenores del caso? «Cada cual tiene sus motivaciones», elude Steve Constantinides,¹⁸ que no desea abundar en el tema. Otros, como Peter Leitner, refieren lo que hoy sigue siendo solo un rumor: «Algunos insinúan que se trataba de una devolución de favores a cambio de los sobornos que el ejército chino había dispensado a los republicanos, a los demócratas, a la Casa Blanca e incluso a los Clinton».

En varios documentales que codirigió posteriormente, Peter Leitner investigaba sobre las relaciones clandestinas entabladas entre la Administración demócrata y China durante la década de 1990. Es del dominio público que Pekín, tras haber tomado partido por Bill Clinton y su compañero de candidatura, Al Gore, trató de apoyar económicamente al Partido Demócrata mientras estos se activaban de cara a su reelección en las elecciones presidenciales de 1996. China recurrió a varios intermediarios para entregar los fondos, pese a que la ley electoral de Estados Unidos prohíbe a todo ciudadano no estadounidense interferir con medios económicos en el proceso electoral.

Entre estos intermediarios figura un hombre misterioso, Johnny Chung. Este ciudadano sinoestadounidense era tan amigo de los Clinton, y sus actividades tan turbias, que muy pronto adquirió la reputación de ser uno de los principales recaudadores de fondos procedentes de China para el Partido

Demócrata. Hoy está comprobado que este hombre de negocios aportaba a la Casa Blanca sumas de dinero que altos responsables del ejército chino le habían entregado indirectamente.

Estos hechos fueron referidos por la prensa estadounidense y consignados en un documental al que Peter Leitner contribuyó en calidad de testigo.¹⁹ El director de la CIA entre 1993 y 1995, James Woolsey, también accedió a ser entrevistado por el realizador, quien le preguntó por qué solo había sido recibido dos veces en dos años por Bill Clinton, mientras que Johnny Chung había acudido cincuenta y ocho veces a la Casa Blanca durante el mismo período. «El señor Woolsey no pudo responder —recuerda Peter Leitner—. Acabó por decir: *“President’s calendar speaks for itself”* [la agenda del presidente habla por sí sola].» Chung incluso se las habría arreglado para que la fuente de las financiaciones, un alto mando del ejército popular chino, conociera en persona al presidente durante una velada para recaudar fondos en Los Ángeles.²⁰ Ahora bien, la Justicia no tardó en abordar el asunto.²¹ El *Washington Post* divulgó una investigación de las autoridades federales que subrayaba el papel fundamental desempeñado por la embajada de China en Washington para coordinar las tentativas de injerencia chinas,²² hasta el punto de que el Partido Demócrata se vio obligado a devolver millones de dólares de donaciones a sus numerosos remitentes.

Este escándalo, bautizado como «Chinagate», dio lugar a la condena de varias decenas de personas, entre ellas el intermediario Johnny Chung. En cambio, las altas instancias demócratas no se preocuparon en ningún momento, y Janet Reno, fiscal general de Estados Unidos entonces, se negó a nombrar a un fiscal especial para que arrojase luz sobre tales intrigas. Resulta interesante señalar que, en un momento en que el presidente Donald Trump es objeto de una minuciosa investigación sobre sus presuntos vínculos con Rusia durante